



El valor educativo de la crítica

Mauricio Robert Díaz¹

Probablemente la palabra más utilizada en el campo de la educación en las últimas décadas sea la palabra crítica (del griego Kritikós, de Krinein: Juzgar, juicio que se hace sobre alguna cosa). Prácticamente no existe un solo programa de estudios desde el nivel de primaria hasta el posgrado, que no declare, como propósito central, la intención de formar alumnos críticos; y en todo tipo de encuentros académicos los estudiantes y los profesores hablan acerca de la crítica y pretenden ejercitarla.

Sin embargo estos buenos propósitos no han dado los resultados deseados. La conformación de una cultura con respecto a la crítica sigue estando pendiente en nuestro país, debido a que la mayor parte de los maestros y estudiantes nos olvidamos del valor pedagógico, filosófico y científico de la crítica o la confundimos con el criticismo, esto es la crítica desahorada en donde predominan los ataques, las censuras y las descalificaciones que nos desvían de las metas educativas y convierten las aulas y las academias (con el pretexto de la santa lucha ideológica) en campos de batalla, generando situaciones desgastantes que no hacen avanzar el conocimiento, ni permiten consensos racionales, sino que se quedan en discusiones rebuscadas o en una confrontación de dogmas y opiniones, con los cuales resulta difícil hacer algún compromiso intelectual o político.

En la vida política, en los medios informativos y en las instituciones de educación del país, resulta muy común confundir la crítica (el espíritu crítico) con el criticismo (el espíritu de crítica.) Esto se debe a que en la práctica estos aspectos se encuentran mezclados, pues ningún juicio puede ser ajeno a elementos ideológicos o superar completamente la subjetividad de quienes lo emiten. La crítica nunca se presenta en un estado puro, ya que aún las explicaciones científicas más acabadas y contrastadas no son garantía de verdad; sino que, de

acuerdo con Karl Popper², lo único que tenemos con nuestras mejores teorías e hipótesis, son conjeturas, planteamientos que por el momento han resistido la crítica, debido a que presentan un poder explicativo considerable y cuentan con algún consenso de la comunidad científica. Sin embargo, en este escrito presentaremos por separado (con fines didácticos), las ideas sobre la crítica y el criticismo, para que se pueda distinguir con mayor claridad las características de uno y otro discurso y de esta manera valorar o estar en guardia, cuando predomine alguna de estas posiciones en las prácticas políticas y académicas propias y ajenas, así como entender las implicaciones y resultados diversos que se generan, cuando alguna de estas concepciones se convierten en formas recurrentes y estilos cotidianos que elevan o disminuyen el nivel académico y la calidad de las relaciones interpersonales y la convivencia en las instituciones.

Como inicio de las distinciones que pretendemos hacer, recordaremos que la crítica es el ejercicio de la razón, el juicio que establecemos después de haber percibido, experimentado y entendido ciertos datos, para hacer avanzar el conocimiento, esclarecer el valor cultural de una obra y/o resolver determinados problemas con mejores explicaciones y propuestas pertinentes. La crítica -nos señala Enrique Krauze³- "es un intento colectivo, acumulativo, imperfecto por naturaleza, de aproximarse a la verdad. En una atmósfera crítica podemos razonar con claridad y pulcritud; podemos aprender a fundamentar, a matizar, a ceder y conceder con altura, con gracia; podemos diferir con el prójimo y hacerlo de manera firme, incluso áspera, pero sin sacarle el corazón". La actitud hipercrítica o criticismo, por el contrario, es una deformación del trabajo intelectual, pues se orienta básicamente a la censura y a poner de manifiesto solamente, los defectos de las obras y frecuentemente de las personas. Cuando se tiene una actitud hipercrítica no se busca compartir o contrastar las ideas sino imponerlas, se ejerce una cierta 'matonearía intelectual' sin provecho de nadie y se pretende estar de vuelta en todo sin haber ido a ninguna parte.

El criticismo suele estar asociado a esquemas ideológicos rígidos, que se pretenden y suponen moral y políticamente superiores a otras concepciones ideológicas (como en un tiempo se creyó del marxismo), de

1 Licenciado en Pedagogía y Maestro en Ciencias de la Educación. Profesor en la Universidad Pedagógica Nacional en Yucatán, México. (Ver más en nuestro link de Autores).

2 Popper, K.: *La responsabilidad de vivir*. Altaya, Barcelona, 1998, p. 122.

3 Krauze E.: *Necesidad de la crítica*. Diario Reforma, Editoriales, México, 4 de nov. 2001.

ahí los estilos fascistas con que algunos grupos atacan y descalifican las posiciones que difieren de las suyas.

Este discurso, generalmente, no tiene como objetivo principal la búsqueda de la verdad, no surge de un deseo genuino de superar las limitaciones y los errores para hacer las cosas bien o mejor; sino que tiene su origen en prejuicios, resentimientos sociales, intereses políticos estrechos, problemas con imágenes de autoridad que no se resolvieron adecuadamente en la familia, o en frustraciones intelectuales de diversa índole.

Este tipo de crítica (espíritu de crítica), como señala Enrique Amiel, "es un odio que quiere hacerse pasar por amor"⁴, un odio que transfiere el mal y la responsabilidad fuera de sí (al Estado, al neoliberalismo, o a las autoridades escolares), un esquema mental basado en la sospecha que ve conspiraciones y amenazas en todo.

Esta crítica fetichista (en la que frecuentemente caemos), a pesar de sus limitaciones ha tenido aceptación social en diarios, revistas e instituciones educativas (particularmente en las universidades), debido a que aparece con el disfraz del intelectual rebelde, puro y comprometido, lo cual resulta atractivo para algunos grupos estudiantiles y magisteriales que no ven, o no quieren ver, que el criticismo es la versión moderna del fariseísmo, esto es, una actitud desequilibrada y disgregadora, que no es capaz de exigirse a sí misma lo que exige y cuestiona en los demás, ni de presentar alternativas consistentes; "el criticismo -escribe Amiel- convertido en hábito, tic y sistema, es la abolición de la energía moral, de la fe y de toda clase de fuerza"⁵. Cabe destacar que este tipo de discurso contestatario, la mayoría de las veces no se desarrolla conscientemente, pues responde a una necesidad compulsiva de reconocimiento y protagonismo social. El criticismo genera una necesidad de protagonismo enfermizo, que en todo momento y circunstancia tiene que autoafirmarse discutiendo, necesita demostrar y demostrarse a sí mismo que se es revolucionario, que se es "puro" y que se es dueño de lo política y académicamente correcto. El sujeto hiper crítico suele ser exhibicionista: si está en una conferencia intercalará su pequeña conferencia en la sesión de preguntas; en un grupo de estudio usará al grupo como público cautivo sin ninguna consideración y, por supuesto, las asambleas y la prensa tendenciosa

de bajo nivel educativo, representan los espacios privilegiados para proyectar su discurso o más bien dicho su 'rollo', supuestamente 'democrático' y 'revolucionario'.

La crítica es indispensable pues nos fortalece, nos educa y libera; sin embargo, demasiada crítica debilita, nos hace más mal que bien, pues propicia, innecesariamente, discordia y disgregación moral y social, lo cual limita o enturbia la libertad de expresión, el trabajo académico y la confianza entre las personas.

Como alternativa al espíritu de crítica, existe el espíritu crítico y las creencias sinceras y consecuentes, que difieren de las actitudes hiper críticas, pues se engendran en el rigor de la ciencia que busca comprender, en la intuición espiritual, en la lucha con uno mismo y en la humildad del pensamiento filosófico que sabe lo difícil que es saber, pues por más que se profundice en el conocimiento, en esencia sólo se tiene un punto de vista entre otros, una hipótesis y una versión que se mantienen provisionalmente. La crítica, como pensaba Albert Camus, busca ver más y mejor, su finalidad primordial es comprender y matizar; nunca adoctrinar y confundir.

En este sentido, la crítica busca iluminar y aportar, más que enjuiciar y descalificar (no ataca a las personas; sino que cuestiona los procedimientos y las ideas). Se orienta a conformar una mente flexible capaz de ver, comprender y valorar desde distintos ángulos y posiciones, y una sensibilidad dialéctica que sepa encontrar en las contradicciones, síntesis y complementariedad. Al respecto vale la pena recordar un aspecto de la crítica en la antigüedad, que fue cultivada por los sofistas y que consistía en que una persona defendía tesis contrarias con el mismo rigor y la misma pasión que las suyas.

Dejando a un lado las limitaciones obvias que tiene este método desde el punto de vista filosófico, debemos reconocer que tiene un valor pedagógico, pues como plantean los historiadores N. Abbagnano y A. Visalberghi, "no solamente enseña a sopesar el pro y el contra de cada cosa, sino también a ponerse en el lugar del adversario, a comprender mejor sus razones, a ser más abiertos y tolerantes, e incita a la búsqueda de soluciones equilibradas que satisfagan diversas exigencias"⁶.

4 Amiel, E.: *Diario Íntimo*. Porrúa, México, 1986, p. 114.

5 Op. cit., p. 113.

6 Abbagnano, N. y Visalberghi, A.: *Historia de la Pedagogía*. F.C.E., México, 1964, p. 60.

Estos aspectos del diálogo y el debate podrían ser provechosos en la vida política y académica de México, aunque sabemos que la tolerancia y el pensamiento autónomo resultan muy difíciles de alcanzar en un país donde han predominado, tanto en la izquierda como en la derecha, ideologías académicas y políticas autoritarias y dogmáticas, que no han entendido que la vida académica y social de México está en un proceso de cambio y modernización, que requiere urgentemente de la crítica y de su forma más completa y fecunda: la autocrítica.

La autocrítica es una de las prácticas más olvidadas en las instituciones educativas, tal vez por la dificultad que implica vernos a nosotros mismos y a nuestras ideas con cierta objetividad y por el temor a descubrir en el espejo cosas desagradables. Resulta mucho más cómodo juzgar lo externo, reafirmarnos en que siempre estamos en lo correcto y asumir que los males y sus causas están fuera de nosotros. De esta forma llegamos a la fácil y desorientadora conclusión, de que el problema son los otros, y abandonamos la parcela más importante para el trabajo intelectual y espiritual que es nuestra propia persona, el enfrentamiento con la coherencia de nuestro ser, la lucha con uno mismo que nos recuerda el poeta Antonio Machado:

“No extrañéis, dulces amigos,
que esté mi frente arrugada,
yo vivo en paz con los hombres
y en guerra con mis entrañas”.

La autocrítica, es una de las partes más interesantes y nobles de la crítica, pues tiene la ventaja de que a nadie ofende y a todos ilumina. La mejor crítica que existe es la autoexigencia en el propio trabajo, el testimonio que no trata de vencer ni de convencer; sino que simplemente invita, por la coherencia y los resultados que pudiera tener, para que cada quien encuentre o profundice su vocación única e irreplicable, la línea de trabajo académico desde donde pueda aportar más, el lugar más propicio para ejercer su libertad intelectual y encontrar así cada vez más sentido a su labor personal y comunitaria.

La educación crítica no implica necesariamente beligerancia, pretende formar personas que alcancen una visión razonada e integrada del hombre y del mundo, esto es, una concepción con fundamentos (argumentos, pruebas y creencias consecuentes); adoptada y desarrollada libremente y abierta, mediante el estudio, el diálogo y la discusión, a cuestionamientos, coinci-

encias y discrepancias en un ambiente de respeto y tolerancia: el conocimiento se desarrolla no sólo dando razones, sino también aceptando razones. La crítica auténtica nos abre siempre nuevos horizontes intelectuales y morales, nos impulsa a pensar y a superar improvisaciones, inercias y dogmas y, sobre todo, nos ayuda a conocernos y a cambiarnos a nosotros mismos.

Los maestros y los alumnos críticos son aquellos que buscan el por qué de las cosas, que piden evidencias e ideas vivas y que no se sujetan simplemente a autores, esquemas y autoridades, pues confían en su capacidad de raciocinio. Se atreven a confiar en su experiencia y a servirse de su propia razón sometiendo a crítica ‘lo humano y lo divino’, y sobre todo tratan de actuar con buena voluntad, pues en ésta radica la savia de la crítica, como nos recuerda A. Machado, en un diálogo entre el maestro apócrifo Juan de Mairena y uno de sus alumnos:

“Si alguna vez cultiváis la crítica literaria o artística, sed benévolos. Benevolencia no quiere decir tolerancia de lo ruin o conformidad con lo inepto, sino voluntad del bien; en vuestro caso, deseo ardiente de ver realizado el milagro de la belleza. Sólo con esta disposición de ánimo la crítica puede ser fecunda. La crítica malévolos que ejercen avinagrados y melancólicos es frecuente en España, y nunca descubre nada bueno. La verdad es que no lo busca ni lo desea.

Esto no quiere decir que la crítica malévolos no coincida más de una vez con el fracaso de una intención artística. ¡Cuántas veces hemos visto una comedia mala sañudamente lapidada por una crítica mucho peor que la comedia!... ¿Ha comprendido usted, señor Martínez?

Martínez: - Creo que sí.

Mairena: -¿Podría usted resumir lo dicho en pocas palabras?

Martínez: -Que no conviene confundir la crítica con las malas tripas.

Mairena: - Exactamente”⁷.

7 Machado, A.: *Juan de Mairena*. Lozada, Buenos Aires, 1968, Vol. I, p. 23.